

## “ETIOLOGIA DE LA ‘PATOLOGIA’ REVOLUCIONARIA Y PROFILAXIS CONTRARREVOLUCIONARIA”

John Saxe—Fernández \*

La sociología académica de tradición científicista ha proyectado en el campo político—militar internacional su preocupación por encontrar las causas de aquellos fenómenos que se consideran patológicos, disfuncionales o anómalos. Los fines, métodos y programas terapéuticos que se plantean tienen un fundamento ideológico común, y por tanto, las mismas derivaciones políticas que inspiraron la sociología de la desorganización social y personal. (1) Esta sociología, dedicada a la clasificación de comportamientos individuales o colectivos a los que se les ha asignado el marbete de “patológicos”, surgió en los Estados Unidos con gran vigor y generoso financiamiento público y privado en la década de 1910. (2) La perspectiva de la “desorganización social y personal” que todavía persiste con inusitado apoyo oficial da expresión contemporánea al organicismo decimonónico, perpetuado con cautelosas modificaciones por la escuela estructural funcional. (3) Las definiciones — o, mejor aún, rotulaciones — de los comportamientos patológicos generalmente respondieron a los intereses de aquellas clases sociales con suficiente poder como para imponer sus intereses dentro del marco institucional político. (4) Como lo observara originalmente Edward Becher,

*“Algunos sociólogos usan una conceptualización del comportamiento desviado basada en nociones médicas sobre la salud y la enfermedad. Miran a la sociedad, o algún segmento de la misma, y se preguntan si hay la ocurrencia de algunos procesos que tiendan a reducir su estabilidad y que, en consecuencia, pongan en peligro su existencia. Califican a esos procesos como desviados o los identifican como síntomas de la desorganización social. (Estos sociólogos) disci-*

---

\* Costarricense. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Centro de Estudios Latinoamericanos.

*minan entre aquellas características de la sociedad que promueven la estabilidad (y que, con consecuencia son 'funcionales') y las otras que perturban tal estabilidad, (y que, en consecuencia son 'disfuncionales'). Esta perspectiva tiene la gran virtud de apuntar hacia ciertas áreas de potencial problemática, y de la cual podríamos no estar enterados. Pero es mucho más difícil en la práctica — que en la teoría — poder especificar qué es funcional y qué disfuncional para una sociedad o para un grupo . . . Hay facciones dentro de un grupo en desacuerdo que maniobran para hacer que sus propias definiciones sean las funciones aceptadas por el grupo. La función del grupo u organización es entonces decidida por el conflicto político — y esa decisión no está implícita en la naturaleza de la organización . . . También es cierto que la problemática sobre cuáles reglamentaciones deben hacerse cumplir, cuál comportamiento debe considerarse desviado y quiénes deben 'rotularse' como desviados (outsiders) debe considerarse de orden político. La perspectiva funcional limita nuestro entendimiento del comportamiento 'desviado' ya que ignora la dimensión política del fenómeno". (5)*

La ofuscación biológica de la sociología de la "desorganización social y personal" le impide preguntarse, en primera instancia, quién y en interés de qué grupo se impugna el apelativo de patológico para ciertas formas de comportamiento individual o colectivo. Por otra parte, su ahinco, en el estudio de la población o el individuo "desajustado" no reside en entender su fenomenología y "apreciar" (6) la complejidad del comportamiento humano. Su propósito es corregir: se gufa por la etnocéntrica intención de encontrar una etiología individual o colectiva que le permita desarrollar terapias adecuadas para "curar" o "cercenar" el organismo social que se ha definido como patológico. De este modo traiciona su vocación naturalista. (7) Así lo ha notado con sensibilidad David Matza:

*"Cuando el fenómeno de la desviación es estudiado desde la perspectiva correccional se incrementa considerablemente la posibilidad de perder el fenómeno — es decir reducirlo a aquello que no es —. El propósito de querer desembarazarse*

*del fenómeno de la desviación se manifiesta en su forma más clara en la abrumadora preocupación sobre sus causas o etiología... ¿Para qué preocuparse con descripciones detalladas y sutiles? Desde la perspectiva correccional la tarea que tenemos por delante es localizar las raíces causales para extirparlas junto con su producto". (8)*

Una vez que ha sido trasladada e institucionalizada en la esfera socio-militar, esta sociología se caracteriza:

- 1) por su énfasis en los peligros y patologías implícitas en el proceso de cambio social;
- 2) por su plena identificación con el marco valorativo de la seguridad nacional norteamericana tal y como la define el Departamento de Defensa y la Comunidad de Inteligencia;
- 3) por una extensión de la definición de lo patológico al área internacional, identificando este término con todo movimiento que trate de subvertir aquellas estructuras de poder compatibles con la seguridad nacional, y finalmente,
- 4) con un contínuo esfuerzo por descubrir y organizar un universo de discurso metalingüístico que permita programar, dentro de los organismos militares y de inteligencia a que sirve, los métodos más eficaces para eliminar las fuerzas "disfuncionales" con respecto al orden nacional y supranacional existente.

Conforme a lo hasta aquí expuesto, la "etiología de la patología revolucionaria" se distingue teóricamente por el predominio de estudios manifiestos académicos donde se subraya una preocupación sobre el qué y el cómo de la insurgencia. Este desvelo o inquietud se articula en la literatura sociológica distinguiéndose por su notable incapacidad para desgajar los patrones de moralidad implícita o explícita por la seguridad nacional, y la descripción y análisis del fenómeno revolucionario. Qué podría ser más consistente con las necesidades operativas de esa seguridad que proponer, como lo hace el profesor Andrew C. Janos que,

*"Una vez definido, el problema de la guerra interna puede atacarse de varias maneras. La primer pregunta que surge es,*

*por qué ocurren las guerras internas, interrogación ésta que puede contestarse en términos causales o funcionales. La segunda pregunta que luego viene en mente es sobre cómo se desarrollarán las guerras internas, y qué patrones y variaciones (de las mismas) son posibles, y qué factores pueden tener relación con esas variaciones". (9)*

Aquí deseo hacer hincapié en la importancia que estas observaciones tienen, por un lado, para el desarrollo "táctico" antiguerrillero, y por el otro para compenetrarse de importantes sesgos que empiezan a tipificar el comportamiento profesional del científico social norteamericano. (10) Estos cambios pueden explicarse, en parte, como resultado de la correspondencia entre el espíritu correccional de la "etiología de la patología revolucionaria" y el marco institucional y económico dentro del cual se desenvuelve esa sociología. A su vez, esta consistencia impulsa una definición profesional del sociólogo caracterizada por su autocontemplación como Egerea ninfa: "*Nuestra dificultad para poder proporcionar consejos cabales — apunta Lucien W. Pye — se relaciona directamente con las insuficiencias de nuestro conocimiento sobre las causas de las insurrecciones y las rebeliones... Este fue también un problema central para Maquiavelo". (11)*

### Metodología.

La dimensión etiológica se distingue desde el punto de vista metodológico por el esfuerzo masivo de clasificar, identificar e interpretar aquellos aspectos de la literatura revolucionaria y de los acontecimientos y procesos históricos revolucionarios que se consideran importantes para activar anticuerpos contrarrevolucionarios. Estas estrategias y programas militares se someten regularmente a un examen sistemático del "costo" o "beneficio" táctico. Es decir, de su eficacia para llevar a cabo las exigencias de la seguridad nacional. (12)

En otras palabras, la "etiología de la patología revolucionaria" procede del estudio exhaustivo de diversas experiencias revolucionarias. De ellas se extraen y sistematizan una serie de principios que sirven para explicar la "dinámica revolucionaria". (13) Se analizan sus causas, elementos constitutivos, interrelación entre las partes estratégicas que la configuran, construcción de modelos hipotéticos para determinar las

consecuencias de diversas acciones, e interpretación de las mismas dentro del contexto de los principios que guían la seguridad nacional norteamericana. En este proceso se hace uso extensivo del método de análisis de sistemas que impulsó, dentro de la estructura militar norteamericana, el ex—ministro de Defensa Robert S. McNamara. En términos simplificados, el análisis de sistemas intenta crear modelos a partir de los datos que pertenecen a un problema dado y con las relaciones mutuas de estos factores. Luego se insertan los informes que se juzgen apropiados con el fin de proyectar las probabilidades de ocurrencia de distintas acciones operantes dentro del modelo. La meta es elaborar, tan eficazmente como sea posible, aparatos logísticos que permitan la predicción (probabilística) de ciertos comportamientos que tengan importancia estratégica. (14)

La consideración de los delineamientos y dilemas metodológicos de estos estudios facilita la comprensión en primer término sobre sus limitaciones y, en segundo, sobre algunos de los rasgos sobresalientes del medio social en que laboran estos investigadores. Por otra parte, nos estimula a “apreciar” el espíritu correccional incuestionable de sus esfuerzos. Un trabajo patrocinado por el Departamento del Ejército titulado Infraestructura de la Insurgencia Comunista en Vietnam del Sur: Un Estudio de su Organización y Estrategia, (15) es un buen punto de partida. Este voluminoso esfuerzo se encaminó, de acuerdo con su autor, primero a describir la infraestructura del movimiento insurgente de Vietnam del Sur, cubriendo el período 1954—1965. (16) En segundo lugar, el análisis político, sociopsicológico, económico y paramilitar de la estrategia revolucionaria encaminada a “desplazar la estructura formal del país con las agencias de una nueva estructura administrativa sobre la cual se podría construir un futuro régimen totalitario”. (17) Finalmente, la investigación trata de analizar la dinámica revolucionaria dentro de un contexto convencional militar por medio de un examen detallado, en términos de toda la gama de organizaciones insurgentes, de las múltiples actividades que en conjunto constituyen la amenaza real al orden establecido. La arrogación correccional de este estudio tiene tres pivotes generacionales: 1) la dimensión etiológica con su implícita propensión terapéutica; 2) la “rotulación” (labeling) del movimiento insurgente dentro de la ortodoxia o cánones convencionales de la seguridad nacional; y 3) la acostumbrada reiteración, a la fuente contratante, de que la empresa del científico social añade robustez al energético

músculo militar. La propensión del investigador social a identificarse y valorar la "sabiduría convencional" de la institución que compra sus servicios no es infrecuente en otras áreas de actuación profesional (v. gr. investigaciones de mercado o evaluaciones de eficacia administrativa para grandes corporaciones públicas o privadas). Adicionalmente, el especialista en la contrarrevolución funciona desde una situación institucional y social donde existe un acentuado manejo y control sobre la información que tiene a disposición. Es decir, el problema metodológico central de este tipo de sociología reside en la presencia, poco confortable, de numerosos filtros y otros mecanismos institucionales por medio de los cuales se tramita gran parte de la información sobre el medio exógeno que ese científico debe analizar. Por ejemplo, en el estudio antes citado, las fuentes de información, según apunta el autor, consistían primordialmente en:

- a) Documentos capturados al enemigo y que tendrían difusión — normalmente — sólo entre la jerarquía alta y mediana del partido revolucionario (FLN);
- b) Documentos del mismo origen que el antes apuntado pero de utilización entre las organizaciones de masa o unidades militares;
- c) Autocríticas provenientes de individuos que pertenecen a la estructura íntima del partido y llevadas a cabo durante reuniones de célula o en grupos civiles y militares más amplios;
- d) Artículos publicados por la prensa Norvietnamita como Hoc Tap (Estudios) y Nhan Dan (El Pueblo), declaraciones gubernamentales, libros y transmisiones radiales;
- e) Informes de inteligencia, evaluaciones hechas por la sección de inteligencia a documentos capturados, debriefings y transcripciones evaluadas por los sectores de inteligencia militar norteamericana de los interrogatorios de prisioneros de guerra (*"personal enemigo capturado en o fuera de uniforme, es decir, con o sin insignias militares visibles o actividades militares verificables"*); (18)
- f) Libros, monografías y ensayos en revistas especializadas sobre Vietnam;
- g) Literatura sobre actividades subversivas comunistas.

De todas estas fuentes, dice el autor, aquellas que recibieron un

estudio más intenso y un uso más frecuente fueron las tres primeras categorías y la categoría e). (19) Consecuentemente, el núcleo informativo de más peso en el estudio es aquel tramitado por los canales de inteligencia de la burocracia político—militar que conduce y administra la contrainsurrección. Las probabilidades de quedar atrapado ideológicamente se fecundan con aquellas de quedar metodológicamente cautivo, o informativamente dependiente,

*Otro problema metodológico que confrontó el autor en la elaboración del trabajo fue la inabilidad para determinar en forma uniforme, el grado en que el comportamiento insurgente se aproximaba a las metas establecidas en los documentos capturados. (20)*

La naturaleza del fenómeno excluye o limita severamente la realización de observaciones participantes. Estas se reducen a la obtención de datos provistos por informantes y el aparato de espionaje o se ciñen a visitas a los campos de concentración donde, por medio de la interacción con el enemigo pueda el científico social hacer averiguaciones directas. Estas interacciones fluctúan entre sesiones amistosas o informales, hasta rigurosos — y usualmente violentos — métodos de interrogación. Al nivel más intenso de coerción el científico social nunca sabe, con certeza, si las opiniones o actitudes del insurgente son válidas y representativas, dadas las circunstancias. Para escapar al dolor de la tortura el ser humano tiende naturalmente a comprometer sus principios ideológicos o deja saber al torturador lo que la víctima estima que éste desea corroborar o documentar. Aún con esta grave limitación metodológica, la tortura, en criterio de los especialistas en la materia, es un útil instrumento para el esfuerzo contrarrevolucionario, ya que las probabilidades de extraer información estratégica siempre existen y deben maximizarse. Para Nathan Leistes y Charles Wolff de la Rand Corporation,

*La víctima de torturas para extraer información estratégica nunca tiene plena seguridad de que el dolor cesará si habla; pero sí está segura de que (la tortura) no cesará hasta que lo haga. Amenazada por un daño sobre el cual en todo caso no tiene protección, el blanco (the target, es decir la víctima) puede desarrollar la reacción antes anotada: mejor*

*evitar todo aquello que yo pueda predeciblemente escapar:  
(better avoid all that I can predictably escape!) (21)*

Otro marco interactivo entre el investigador y su objeto de estudio a un nivel más de coerción lo ofrece el uso del “polígrafo” o “detector de mentiras”. Este instrumento, que ha recibido un extenso uso en el sistema correccional norteamericano, se encamina a medir las respuestas fisiológicas relacionadas con el engaño o decepción. Los investigadores han tropezado con serias limitaciones en su empleo para la contrarrevolución. Las quejas que surgen y las restricciones apuntadas son de extraordinaria semejanza a las observadas recientemente por los especialistas en delincuencia juvenil y otros criminólogos en los Estados Unidos. (22) El instrumento funciona en parte bajo el supuesto de que el sujeto se defina a sí mismo y a su comportamiento como criminales, es decir, con la conciencia de que ha violado un precepto moral. El problema con el “insurgente” de los países subdesarrollados — afirman los expertos — es que no siente que ha violado ninguna prescripción moral. Es decir, que no ha internalizado la “rotulación” de que su comportamiento revolucionario y político es un “problema social” que debe ser juzgado dentro de los cánones imperantes en la criminología. (23)

La paulatina desaparición de los rasgos distintivos tradicionales entre los problemas “correccionales” y el comportamiento político y cultural de diferentes sectores de la población norteamericana, también ha generado confusión y quejas, y limitado considerablemente la eficacia de los mecanismos tradicionales de “detección” y terapia. Para Lewis Yablonsky, por ejemplo, las nuevas expresiones culturales que configuran el fenómeno “jipi” demandan una reestructuración cabal de la administración judicial y de las técnicas de rehabilitación. Esta situación ha sido creada por el hecho de que los participantes en estas “culturas” cotidianamente violan la ley como parte del curso normal de su comportamiento:

*A pesar de estas pautas de comportamiento acentuadamente ilegales, ellos casi uniformemente . . . no se consideran a sí mismos como violadores de la ley. Tradicionalmente, los delincuentes han aceptado — como un mínimo — el hecho de que ellos son “desviados” o “delincuentes”. Este factor*



*provee los ingredientes mínimos necesarios para corregir su comportamiento. La gente joven de la cultura "hip" no acepta ningún concepto o Status de delincuente. (24)*

Esta situación, insiste Yablonsky, complica severamente no sólo las terapias y metodologías correccionales sino también la misma administración legal de este nuevo "problema social". (25)

Ni los elementos política o culturalmente marginalizados dentro del estado metropolitano, ni los insurgentes del Tercer Mundo se comportan bajo la "rotulación" contrarrevolucionaria, o correccional. Como los psicópatas o neuróticos, o los mentirosos patológicos, los insurgentes "tampoco reaccionan característicamente". (26) De aquí que,

*En general, el polígrafo es aceptado como un complemento y no un sustituto de otras técnicas de investigación. En la contrainsurrección, el polígrafo puede ayudar a las fuerzas de seguridad para localizar depósitos de municiones o suministros, para detectar actividades insurgentes por parte de individuos y potencialmente para adquirir "contactos" para el espionaje (inteligencia). (27)*

La pacificación y la acción cívica facilitan oportunidades para la "observación participante", pero en este caso también se trata de estructuras sociales bajo el intenso control gubernamental, y el contacto con los campesinos "pacificados" (al menos durante el día) limita considerablemente la observación del comportamiento revolucionario. "La técnica que se usa frecuentemente, en la interrogación de grandes números de personas", nos dice un especialista en la materia,

*es la creación de un cordón de seguridad alrededor de la aldea, y arrestando a todos sus miembros, se les interroga individualmente. (28)*

La esperanza de este procedimiento reside en proveer la anonimidad necesaria para proteger a los informantes de identificación por parte de las fuerzas insurgentes.

Debido a que mucha de la información — sea por la "observación participante", sea por la documentación — es generada por el uso de si-

tuaciones interactivas "extra—normales" (es decir, la tortura, el espionaje, operaciones militares secretas, etc.), los estudios sobre la "etiología de la patología revolucionaria" en Vietnam del Sur se distinguen por la frecuente advertencia "metodológica" de que,

*Ha sido especialmente crítico a este estudio el someterse rígidamente a los principios metodológicos aquí descritos, debido a que no nos es posible colocar al lector en una posición desde la cual él pueda investigar independientemente todas las fuentes citadas o usadas en la investigación y así pueda llegar a conclusiones distintas a las aquí presentadas. A través del texto, todo material citado aparece sin atribución. (29)*

El carácter "extra—normal" — v.gr. el uso de datos obtenidos en situaciones sobre las que se imponen fuertes medidas de seguridad y el manejo de informes confidenciales o secretos —, aumenta considerablemente las probabilidades de que el investigador quede "encapsulado" en términos ideológicos, metodológicos e informativos y que, en consecuencia, su análisis responda fundamentalmente a las necesidades y "definición de la realidad" de la administración de la seguridad nacional. Más aún, la naturaleza "extra—normal" del marco institucional desde el cual opera, también tiende a "definir la situación" entre el investigador y su audiencia no—gubernamental dentro de un fuerte contexto paternalista, situación que a su vez limita considerablemente su responsabilidad, si no moral ciertamente científica o metodológica. Toda posible reacción crítica cabal se limita hasta cierto punto a la comunidad de aquellos que comparten el status político del investigador, es decir, aquel sector de la comunidad de las ciencias sociales norteamericana en posesión de "salvoconductos de seguridad" (security clearance). Y bien puede argumentarse que los científicos sociales que llevan a cabo su erudita gestión para y dentro de los cánones establecidos por la administración de la seguridad nacional tienen a su vez propios intereses que proteger y articular ante la fuente contratante de sus servicios. La imposibilidad de un escrutinio objetivo y frío de sus investigaciones estimula del mismo modo su "encapsulamiento", ya sea individual o como partícipe de una comunidad "informativamente" privilegiada. El peligro de estos privilegios es claro: ese "científico" social y su trabajo son una principal e imprescindible porción de un engranaje institucional

se tiende a crear su propia realidad dentro del marco de una profecía autocumplida.

Los favoritismos informativos de que goza este científico social contribuyen de igual manera a intensificar — y substancialmente a comprometer aún físicamente — los lazos entre el investigador y la comunidad administradora de la seguridad nacional; él es partícipe — en ciertos casos — de los secretos de Estado.

Las observaciones teóricas y metodológicas hasta aquí hechas quizá ayuden a explicar la virtual imposibilidad de encontrar en la literatura proveniente de esa comunidad de científicos sociales, posiciones epistemológicas con los insurgentes del Tercer Mundo. Por lo contrario, la actitud "científica" es tipificada por etnocéntricas y paternalistas irrupciones como aquellas del profesor Pye en el sentido de que ahora que la atención de estos grupos profesionales se vuelca también al análisis de la insurgencia metropolitana, sus propuestas características se dirigen al control de grupos minoritarios, raciales y académicos. (30) La falta de contacto con su objeto de estudio parcialmente explica el trazo arrisado anotado. Debe advertirse que pese a todas las limitaciones antes mencionadas, las recomendaciones de estos estudiosos reciben nuestra más seria consideración. No tanto dentro del contexto de su valor científico teórico, sino más bien dentro de la trabazón política desde la cual opera esta élite sociológica. Ellos tienen el oído de los altos consejos de decisión. La conciencia de esta particularidad por parte de esa congregación de investigadores tiende a su vez a incrementar notablemente su compromiso moral con la perspectiva correccional de la seguridad nacional, condición que parcialmente explica el espíritu pedestre de muchos de sus proposiciones. El Profesor Conley, autor del estudio que se usa como ejemplificación ofrece una sola conclusión, después de 469 páginas de detallada descripción: *"la única forma de detener la insurgencia es aplastando al FLN de una vez y por todas"*. (31) Planteamiento, remate al que muy posiblemente ha llegado más de un sargento o soldado raso. El punto debería de clasificarse más. No estamos tratando con científicos sociales en el sentido usual del término, sino con especialistas en la violencia o terror militar de guerra de guerrillas (rurales o urbanas). Estamos frente a una comunidad de *"mentes militares con status civil"*, (32) y como tales, muchos de sus pensamientos tienden a reflejar el estilo llano o tosco que caracterizan a la cultura militar nor-

teamericana. Que esta comunidad de “*nuevos civiles militaristas*”, (33) con sus argumentos y propuestas tácticas hayan surgido bajo el impulso de argumentos humanistas y liberales, es sólo testimonio de alta sensibilidad de la “*etiología de la patología revolucionaria*” al aparato ideológico e institucional y los aconteceres históricos dentro de los que se gestó. Así como la Doctrina de la respuesta masiva generó sus Henry Kissinger, Herman Kahns y Edwar Tellers, la Doctrina de la respuesta flexible adoptada por el gobierno de Kennedy iría a generar también un cuerpo de especialistas — menos conocidos y sin el glamor publicitario de aquellos — que laborarían al otro extremo del spectrum de los conflictos militares.

### *Historia e Infraestructura Ideológica*

Desde el punto de vista histórico la inclinación “*correccional*” o “*profiláctica*” de estas investigaciones se halla fundamentalmente afectada por las presiones ideológicas que ejerció el grupo de asesores político — militares del gobierno Kennedy. En realidad, el significado epistemológico de la doctrina de la etiología y profilaxis contrarrevolucionario resalta con mayor nitidez cuando vemos que está estrechamente ligada a las características inmanentes al pensamiento liberal.

Inspirada en los mismos valores liberales y humanitarios que en décadas anteriores fortalecieron e impulsaron los estudios etiológicos — y el mismo movimiento correccional — en los Estados Unidos, la Administración Kennedy urgió la elaboración de métodos de profilaxis para impedir la insurgencia. Este pedido se lo indicaba la incidencia revolucionaria de la década de 1950 en las zonas periféricas al sistema capitalista mundial, y el deseo de evitar, en la medida de lo posible, la intervención militar directa. Parte de la responsabilidad de investigación social requerida en estas tareas fue asignada a la oficina para Investigaciones Estratégicas de la American University (Washington, D.C.) (Strategic Operations Researchs Organization, S.O.R.O.), reorganizada ahora como un instituto independiente debido a la protesta estudiantil norteamericana sobre este tipo de involucramiento académico con la administración de la seguridad nacional. La primera directiva de la administración demócrata extendió las actividades de esta entidad, que hasta entonces se había limitado a llevar a cabo estudios de guerra psicológica en países comunistas a todo el Tercer Mundo por contrato especial con el Departamento del Ejército del Ministerio de Defensa. (34)

El Proyecto Camelot (35) fue sólo uno, entre muchos, de los esfuerzos del S.O.R.O. para “*elaborar procedimientos que determinen la existencia de guerra interna en ciertas sociedades desarrolladas y subdesarrolladas, al mismo tiempo que la identificación, con cierto grado de precisión, de aquellas acciones que todo gobierno debiera tomar para controlar las condiciones que conduzcan a la subversión*”. (36) El objetivo de los proyectos de la época Camelot consistió esencialmente en identificar e investigar los factores sociales que tienden a precipitar o provocar la insurgencia, al mismo tiempo que desarrollar modelos de proyectos que puedan prevenirla. Estos objetivos fueron puestos de manifiesto en el comunicado oficial del Proyecto Camelot, que insistía que se intentaba hacer,

*una evaluación de la posibilidad de desarrollar e implementar un modelo dinámico de sistemas sociales que permitiera:*  
a) *identificar los indicadores de condiciones y tendencias sociales que, de continuar presentes, probablemente conducirían a una guerra interna; b) determinar los probables efectos que ciertas medidas de parte de los gobiernos locales ejercen sobre los procesos sociales y culturales, para así controlar esas tendencias.* (37)

Los estudios de este tipo reflejan la postura político – militar propuesta por el Comité Draper durante el gobierno de Eisenhower que fue vigorosamente impulsada por los liberales de Nueva Inglaterra a favor de los programas de contrainsurrección y la acción cívica militar. En estos programas militares y de investigación sociológica se aglutinaron por un lado la tendencia de la “*sociología de la desorganización social y personal*” de mudar los agentes punitivos de control social en instrumentos de rehabilitación, (38) y por el otro, la compasión liberal expresada en el denodado esfuerzo por encontrar las causas y ofrecer soluciones a los problemas sociales. Y la insurgencia en el Tercer Mundo era básicamente “un problema social” para los Estados Unidos. Y como tal dentro de los criterios y aficiones liberales, debería agotarse todas las posibilidades rehabilitativas antes de iniciar acciones punitivas (intervención militar directa). A los cuerpos de paz y particularmente a los establecimientos militares locales se les consignó, por medio de la acción cívica, la función de “trabajadores sociales” en el contexto de un programa terapéutico global de corrección.



De conformidad con lo hasta aquí expuesto, la raigambre teórica y metodológica de los estudios sociológicos de la camada Camelot se halla estrechamente entrelazada con la cepa ideológica liberal y positivista: los individuos y las sociedades generan una "predisposición" a ciertas formas de comportamiento aberrante o patológico como resultado de la circunstancia social, económica, política, etc. De aquí que Camelot deseara desarrollar una sintomatología dentro de modelos dinámicos para detectar la propensión de algunas sociedades hacia la guerra interna. La lógica, la teoría y el diseño de estas investigaciones se orientaban a localizar "*las regularidades en la ocurrencia de esas circunstancias*". Esto permitiría determinar cuáles sociedades tienen mayor inclinación a la guerra interna y, al diferenciarlas de aquellas con menos proclividades, poder obtener el conocimiento adecuado para la intervención terapéutica. En suma, se trataba de elaborar modelos lógicos que permitieran explicar esas diferencias. O sea, el desarrollo de una sintomatología dentro de un marco de principios teóricos coherentes. (39) Con recíproca anuencia y entusiasmo las ciencias sociales y la Administración Kennedy proyectaron al campo internacional su correlación favorita: (40) aquella entre la pobreza (grado de desarrollo) y la patología (propensión o incidencia revolucionaria). (41) Este ha sido, en verdad, uno de los pivotes centrales sobre los que ha girado el quehacer sociológico norteamericano (que ha servido para articular el programa de asistencia militar) desde los manifiestos teóricos y estudios empíricos de la Escuela de Chicago, (42) hasta su continuación en el presente, por medio de la escuela estructural funcional. (43) La existencia de un evidente consenso entre ideólogos y administradores liberales en lo tocante a la correlación favorita permitió la recíproca fertilización que daría energía y legitimidad científico — académica a la contrainsurrección y su ejecución por medio de programas como la "acción cívica", que enfatizarían la intensificación del "uso 'no—militar' de los militares".

Con frecuencia — y certeza — se arguye que el engendramiento de importantes modelos teóricos sobre la delincuencia juvenil de investigadores contemporáneos como Albert Cohen, Richard Cloward y Lloyd Ohlin, (44) proceden de la propuesta teórica sobre la estructura social y la anomía de Robert K. Merton:

*La distribución de estatuses por medio de la competencia debe organizarse de tal manera que se otorguen incentivos*

*positivos por la adherencia a las obligaciones de status. Estos incentivos deben de proveerse a todas las posiciones dentro del orden distributivo. De otra forma, como se mostrará claramente enseguida, surge el comportamiento aberrante. Mi hipótesis central es que el comportamiento aberrante puede ser visto sociológicamente como un síntoma de disociación entre aspiraciones culturalmente prescritas y las avenidas socialmente estructuradas para realizar estas aspiraciones. (45)*

Y la fórmula general empleada en la articulación doctrinaria del programa de asistencia militar aprovecharía esa propuesta para el desmoronamiento estratégico y táctico contrarrevolucionario. En vena similar a la neotoniana, Robert S. McNamara articulaba la idea en los siguientes términos:

*El desarrollo significa progreso económico, social y político. Significa un standard de vida razonable, y "razonable" en este contexto requiere una continua redefinición. Lo que es razonable en un estadio inicial, no es razonable en otra etapa subsecuente. Conforme progresa el desarrollo, también la seguridad progresa. . . Todo fracaso en realizar dolorosas pero esenciales reformas conduce, inevitablemente, a la violencia revolucionaria que es más dolorosa. Nuestra ayuda económica ha sido diseñada para ofrecer una alternativa razonable a esa violencia. Ha sido diseñada para ayudar a sustituir la tragedia interna con el progreso pacífico. (46)*

Mucha de la exaltación que caracterizó a los primeros años de la década anterior se debe a que esta compatibilidad entre el vigoroso crecimiento liberal y las ciencias sociales se conciliaban en los programas típicamente diseñados por McNamara bajo la aquiescencia militar de la doctrina de la respuesta flexible.

### → respuesta flexible

En efecto, tanto el general Maxwell Taylor y Robert McNamara como Walt W. Rostow, McGeorge Bundy y Roger Hilsman proponían que, para alcanzar plenamente las metas de la Doctrina Truman (es de-

cir, contener cualquier configuración de poder internacional que amenazara la hegemonía global norteamericana), era indispensable revisar de inmediato las premisas estratégicas e ideológicas que hasta entonces habían guiado la política exterior norteamericana: el macartismo y la doctrina de la respuesta masiva propugnada por el Secretario de Estado, John Foster Dulles. El macartismo no solo ofendía la sensibilidad liberal del grupo recién llegado al poder, sino que había restringido el desarrollo de doctrinas compatibles con el creciente intervencionismo y expansión económica y militar. Por otro lado, se percibían ya los primeros indicios de fuertes tensiones internas en el bloque chino—soviético, hecho que fue debilitando la percepción del movimiento comunista como un ente monolítico hostil.

Por su parte, la doctrina de la respuesta masiva fue incapaz de crear un aparato militar y de inteligencia que además de enfrentarse a una guerra termonuclear, pudiera frenar con éxito los movimientos de liberación nacional en las periferias. El nacionalismo de estas zonas, tar proclive a desarrollos económicos y políticos autónomos, resultaba “problemático” (o disfuncional) a los intereses del capitalismo organizativo que se expandió después de la Segunda Guerra Mundial bajo el liderato norteamericano.

Por otro lado, la paranoia anticomunista que azotó a los Estados Unidos y sus dependencias durante la década de 1950 y los diversos grados de intensidad con que se presentó en los años inmediatos, restringió notablemente la definición de las doctrinas imperiales. La expansión política, económica y militar norteamericana empezaba a agotar las posibilidades y la credibilidad de las doctrinas de contención racionalizadas bajo la inspiración de la guerra fría.

Siguiendo los nuevos derroteros estratégicos propuestos inicialmente por el General Maxwell Taylor, (47) el presidente Kennedy, er su primer mensaje sobre los asuntos militares, afirmaba ya que *“la seguridad del mundo libre está amenazada no solamente por la posibilidad de un ataque nuclear, sino también por medio de su lento desgaste er las periferias. Pese a nuestro poderío estratégico — esta amenaza — proviene de las fuerzas de subversión, infiltración, intimidación agresión indirecta, revolución interna, chantaje diplomático, guerra de guerrillas, o una serie de guerras limitadas”*. (48) Con estas palabras se



ció una masiva revitalización de los recursos técnicos, humanos y administrativos del Departamento de Defensa al nivel de guerra limitada “sub— limitada” (v. gr. infiltración, revolución interna, guerra de guerrillas, etc.).

Al seguir los fundamentos establecidos por el Comité Draper(49) el gobierno de Kennedy intentó:

- a) desarrollar los medios para afianzar las defensas del bloque occidental;
- b) reforzar los aliados y amigos para proteger y aumentar la seguridad nacional norteamericana y los intereses de la política externa; y
- c) mejorar económicamente y desarrollar el bloque según los intereses supremos de las corporaciones transnacionales y de la seguridad nacional.

Sin embargo, en consonancia con estos lineamientos, el nuevo gobierno redefiniría su contexto (estratégico/táctico) y doctrinario tanto en la dimensión político/militar como en la social/económica. Desde la perspectiva militar, Kennedy adoptó la doctrina estratégica de la respuesta flexible brillante y combativamente articulada por el General Maxwell Taylor durante la administración Eisenhower. En su fundamento, la estrategia de Taylor significaba una notoria ampliación del marco de alternativas de acción militar disponibles al Poder Ejecutivo. En su nítida argumentación Taylor notaba que la doctrina de la respuesta masiva ceñía los grupos decidores a dos opciones poco apetecibles: la retirada militar acompañada por la humillante reducción de la influencia políticomilitar o la irracional devastación que significaba una escalada termonuclear total. Taylor proponía que una estrategia que ofrecía tal pobreza en las opciones debería abandonarse y que, en consecuencia, se debería iniciar una revisión de todos los requerimientos estratégicos y tácticos de los Estados Unidos. Haciendo eco a su principal consejero militar, el presidente Kennedy, en un mensaje a la Cámara de Diputados, afirmaba que:

*Nuestra estrategia militar debe ser lo suficientemente flexible y controlable como para estar en consonancia con nuestros esfuerzos en explorar todas las posibilidades y así estar*

*en posición de tomar medidas que disminuyan las tensiones y lograr, en consecuencia, soluciones pacíficas y asegurar la limitación armamentista. (50)*

Posteriormente, en su mensaje presidencial de 1962, hacía hincapié en la necesidad de forjar instrumentos militares capaces de explorar “todas las posibilidades” en el espectrum de la respuesta y la iniciativa militar y añadía que,

*. . . nuestra fortaleza puede necesitar acreditación en muchos niveles. Nosotros intentamos tener la capacidad de resistir en cualquier momento ataques no—nucleares o limitados. Esta capacidad es un complemento y no un sustituto de nuestra capacidad nuclear. Hemos rechazado toda postura que limite nuestras opciones a la humillante retirada o a la respuesta—nuclear—ilimitada. (51)*

El General Taylor, por su parte, había expresado anteriormente su incisiva crítica sobre la ineficacia e inconveniencia de la doctrina de la respuesta masiva en los siguientes términos:

*En su apogeo, la respuesta masiva podía solamente ofrecer dos alternativas a nuestros líderes, el principio de una guerra nuclear general o el compromiso y la retirada. Desde su comienzo han ocurrido muchos acontecimientos mundiales que hacen dudar de su validez y exponen su naturaleza falaz. Una guerra convencional y limitada como la de Corea, llevada a cabo cuando los Estados Unidos tenían el monopolio atómico, es una clara refutación de su eficacia universal. Y todas las demás guerras limitadas que han ocurrido desde 1945 — la guerra civil en China, la guerra de guerrillas en Grecia y Malaya, Vietnam, Taiwan, Hungría, el Cercano Oriente, Laos, para mencionar sólo unas pocas — son clara evidencia de que, mientras nuestra estrategia de respuesta masiva pudo haber prevenido la Gran Guerra — la Tercera Guerra Mundial — ha sido incapaz de mantener la Pequeña Paz; es decir, disturbios que son pequeños solamente por comparación con la guerra general”. (52)*

# NOW!



La estrategia propuesta por Taylor ofrecía solucionar muchos de los “problemas” que habían surgido en las periferias y que se exacerbaban en el Hemisferio Occidental debido a la Revolución Cubana. La doctrina de la respuesta flexible fomentó la revitalización del establecimiento militar. Era necesario desarrollar todas aquellas capacidades técnicas y humanas que pudieran actuar eficazmente en la compleja gama de desafíos a la hegemonía norteamericana, desde la guerra termonuclear hasta las guerras de guerrillas, las infiltraciones y otros actos de poca intensidad. (53) Así, según el Ministro McNamara,

*Nuestro objetivo ahora consiste en incrementar nuestra habilidad para confinar nuestra respuesta a armas no-nucleares, y a disminuir el incentivo por cualquier agresión limitada al establecer claramente lo que nuestra respuesta podría lograr. En la mayoría de las áreas del mundo, el peso de la defensa local contra ataques abiertos, la subversión y la guerra de guerrillas descansa sobre la población y las fuerzas locales. Pero dada la gran posibilidad y la seriedad de esta amenaza, debemos estar preparados a hacer contribuciones sustanciales por medio de fuerzas altamente flexibles y de fácil movilización, adiestradas en este tipo de guerra, algunas de las cuales debemos estacionar en áreas estratégicas, con máximas capacidades de movilización aérea y marítima, por medio del uso de bases militares en el exterior. (54)*

De acuerdo con los análisis presentados por el Departamento de Defensa al Congreso Norteamericano, se imponía un considerable aumento de los recursos y presupuestos militares para hacerle frente a la desorganización social del Tercer Mundo al mismo tiempo que mantener la ventaja en la carrera armamentista balística termonuclear. Naturalmente la adopción de la Doctrina de la Respuesta Flexible significó una notable expansión de las capacidades militares norteamericanas. Durante este período se introdujeron una serie de innovaciones técnicas, administrativas, económicas y táctico-estratégicas que le permitieron al establecimiento militar racionalizar exhaustivamente la necesidad de adquirir complejos sistemas tecnológicos de destrucción masiva, llevar a cabo una promoción de ventas de armamentos sin precedentes en la historia militar, aminorar sustancialmente las tradicionales rivali-

dades entre las tres armas, centralizar y someter bajo control militar vastos recursos de la comunidad de servicios de inteligencia y racionalizar y asumir bajo jurisdicción militar estrategias económicas, sociales y políticas para los países subdesarrollados. Bajo la tutela doctrinaria de la Respuesta Flexible la Sección de Logística Internacional establecida por el ministro McNamara bajo dirección de Henry John Kuss, logró invertir la relación entre donaciones y ventas militares: de 1.960 millones de dólares en donaciones y 230 millones de dólares en ventas en el año de 1953 a 466 millones en donaciones y 2000 millones de dólares en ventas en 1968. (55) Fue en este período que se ordenó la construcción de una fuerza de "overkill" de más de mil cohetes balísticos intercontinentales, decisión llevada a cabo en 1961 a raíz de la convicción que la Administración Kennedy tenía, de que el Departamento de Defensa era la agencia mejor equipada para poner rápidamente en circulación cualquier inversión monetaria del Gobierno Federal. (56) Esta política estaba en consonancia con los lineamientos básicos importados por McNamara directamente del Departamento de Economía de la Universidad de Harvard, bajo la influencia de lo que podríamos llamar la "línea dura Keynesiana". (57) Para realizar estas operaciones en forma eficaz, McNamara, inspirado tanto en la Escuela de Administración de Negocios de Harvard como en su propia experiencia de la Ford Motor Company, creó una oficina central para regular las relaciones entre el Departamento de Defensa y la industria de guerra. (58) La agencia creada por McNamara (Defensa Supply Agency) centraliza la administración y control de contratos para productos industriales valorados aproximadamente en cuarenta millones de dólares anuales. (59)

Aunque ahora los arsenales del Departamento de Defensa de los Estados Unidos contienen una capacidad destructiva equivalente a 615,385 bombas tipo hiroshima capaces de desplazarse hacia sus blancos desde sistemas balísticos intercontinentales localizados en el hemisferio occidental, en Europa, en submarinos nucleares y barcos, mientras que cierto número circula permanentemente en el aire desde las flotas de bombardeo estratégico, la demanda de sistemas masivos de destrucción continúa. (60) Se calcula, por ejemplo, que los gastos del sistema de cohetes antibalísticos y su programa de defensa civil, el programa de vehículos de reentrada múltiple e independiente (MIRV), el programa para la adquisición de Aviones C5A61 —capaces de transportar 700 soldados a velocidades supersónicas— y el adiestramiento y equipo para las

fuerzas de contrainsurrección nacionales y adjuntas, (62) costarán no menos de quinientos mil millones de dólares. (63)

De acuerdo con los proyectos trazados al iniciarse la década anterior las opciones estratégicas (guerra termonuclear) debían aparejarse con instrumentos tácticos (guerra limitada y sublimitada). Es decir, el establecimiento de fuerzas metropolitanas y adjuntas sobre las que restaría la responsabilidad por mantener la defensiva y la ofensiva en la implementación de la seguridad nacional. Estas fuerzas se establecieron en primer término en "áreas problemáticas" directamente. También se forjaron reservas metropolitanas con capacidades de movilización aérea y marítima. (64) En segundo lugar, debido a que McNamara y su cuerpo de especialistas reconocían la imposibilidad de mantener simultáneamente varios frentes antirrevolucionarios de las dimensiones e intensidades experimentadas en el Asia Sur Oriental, recomendaron el uso intenso de las fuerzas armadas locales, las que adecuadamente adiestradas y equipadas, complementarían a las fuerzas metropolitanas. En este sentido, el presidente Kennedy enfatizó desde el inicio de su gestión administrativa que *"en el área de las guerras locales, inevitablemente tendremos que contar con los esfuerzos cooperativos de otros pueblos y naciones que comparten nuestra preocupación . . . Por estas razones debemos continuar los esfuerzos para ajustar nuestro programa de Asistencia Militar"*. (65)

Y esos ajustes se realizaron con los programas de acción cívica militar y contrainsurrección, programas que irían a presentar la compaginación suprema de los ideales humanitarios liberales (acción cívica) y los requisitos pragmáticos de mantener acceso a recursos naturales y mercados impuestos por medio de la respuesta flexible (contrainsurrección).

### El Programa de Asistencia Militar

Los trabajos de Mao Tse — Tung, (66) y del General Vo Nguyen Giap, (67) entre otros, sirvieron de fundamento para "mostrar" la capacidad contrarrevolucionaria del Programa de Asistencia Militar, ya que los movimientos revolucionarios surgen, en parte, a causa de frustraciones sociales y económicas. Por lo tanto los liberales argumentaron que para ser eficaz, la profilaxis contrarrevolucionaria tendría que contri-

buir en cierta medida al esfuerzo de rehabilitación de las circunstancias sociales y económicas haciendo un máximo “uso — no militar de los militares locales —”. Desde la perspectiva táctica, los estrategas también esperaban que esta política reduciría considerablemente el personal guerrillero, sus fuentes de información, armas y otros abastecimientos indispensables. (68)

La función social y táctica de la acción cívica quedó oficialmente definida por el Estado Mayor norteamericano como,

*El uso de fuerzas preponderantemente locales (indigenous) en proyectos de utilidad para la población local y a todo nivel en campos tales como la educación, el adiestramiento, obras públicas, agricultura, transporte, comunicaciones, salud, sanidad y otros que contribuyan al desarrollo económico social y que también sirvan para mejorar la posición de los militares con la población (local). (69)*

Al otorgarle funciones “no — militares” al ejército, la acción cívica colocó los establecimientos militares locales en la posición estratégica de intermediarios entre la población y el gobierno local. Además, desde el punto de vista institucional, afianzó a un poderoso sector del establecimiento militar norteamericano, como intermediario entre el gobierno estadounidense y los países periféricos.

La profilaxis contrarrevolucionaria puesta en práctica por el gobierno Kennedy tuvo un resultado doble. No sólo atrapó a los establecimientos militares locales dentro de su diseño logístico — organizativo, (70) sino también a todos aquellos aspectos del Estado — cliente que, de haber quedado sin control o supervisión metropolitanos, probablemente hubieran desembocado en forma de comportamiento político y económico incompatibles con los fundamentos de la seguridad nacional y con los intereses de las corporaciones transnacionales también vitales para esa seguridad. El ministro de Defensa McNamara fundamentó su apoyo a este proyecto en razonamientos liberales, humanistas y pragmáticos. Catalogó estas operaciones bajo la rúbrica de “guerra sublimitada” cuya función era evitar, por medio de la manipulación de variables políticas, sociales y económicas, la intervención directa de tropas norteamericanas y prevenir la violencia. (71) Finalmente, había que reducir las exigencias impuestas por el intervencionismo global de la

política exterior sobre las posibilidades presupuestarias, técnico — organizativas y humanas del Departamento de Defensa.

La guerra sublimitada — denominada ahora peacefare — es la expresión cumbre de la profilaxis contrarrevolucionaria, y de su sistemático estudio surgiría el elemento que finalmente explotaría la tensión entre las pretensiones rehabilitadoras del programa de asistencia militar (la acción cívica) y los requerimientos pragmáticos de la estrategia militar. La peacefare es la contraparte político — militar acoplada a la estrategia económica inspirada por el consejero presidencial W. W. Rostow fundamentalmente durante la segunda administración demócrata (Johnson). El postulado básico de la peacefare es que su empleo debe graduarse según la experiencia que, dentro del modelo rostowiano, vaya experimentando el Estado — cliente. De ahí que la peacefare deba intensificarse en aquellos sistemas que vayan llegando a la situación de “despegue”. Particularmente cuando se aceleran los proyectos de acumulación de capital, de inversión externa y se perfila el desarrollo de las posibilidades de que surjan movimientos y estructuras políticas y económicas autónomas — insurreccionarias y nacionalistas — potencialmente incompatibles con el proceso de institucionalización supra — nacional norteamericano (empire — building). Por lo tanto, se impone la necesidad de reestructurar, desde afuera y por medio de la peacefare, los elementos institucionales claves que participan en esta dinámica, en especial aquellos que pertenecen a la esfera político — militar. (72)

Esta proposición, con abundantes observaciones e ilustraciones obtenidas por análisis históricos y metódicas evaluaciones realizadas por el personal de la Rand Corporation (73) desembocó en una reformulación táctica, reformulación que, debe recordarse, coincidió también con el notable debilitamiento del liderazgo liberal en Washington, al extinguirse físicamente su presencia en altos consejos de poder. (74) La correlación favorita entre pobreza y patología fue puesta en entredicho, y con ella los modelos formales de la relación del cambio político con el cambio social y económico.

Las correlaciones optimistas entre el desarrollo económico y el desarrollo político que caracterizaron modelos teóricos como los propuestos por J. S. Coleman y Gabriel A. Almond, (75) o Everet Hagen (76) y Robert S. McNamara (77) fueron paulatinamente substituidos o



substancialmente modificados bajo el impacto de un liderazgo nacional políticamente más “realista” y conservador. El segundo quinquenio de la década anterior coincidió característicamente con la publicación de estudios evaluativos de la experiencia revolucionaria y contrarrevolucionaria, provenientes de los institutos al servicio del Departamento de Defensa. En ellos se mostró la falta de consistencia histórica y de validez empírica de la correlación liberal. Con el cambio en la brújula nacional florecieron precisamente aquellos modelos que sugerían una relación positiva entre el proceso de desarrollo económico y social por un lado y la propensión patológica en el sistema político por el otro. Alexis DeTocqueville, (78) Eric Hoffer (79) y Crane Brinton (80) componían la ofensiva ideológica, con un influyente cuerpo de asesores gubernamentales quienes, timoneados desde instituciones como Cress y la Rand Corporation, formaban una formidable retaguardia oficialista — institucional: Nathan Leites, Charles Wolff y Michael Conley, entre otros. (81)

En las palabras de dos de estos investigadores:

*Históricamente el éxito o fracaso de la insurgencia no ha mostrado una relación simple con el grado de pobreza . . . Ciertamente las condiciones económicas del Vietnam del Sur eran probablemente entre las más favorables de la región surasiática, de la misma manera que Cuba era uno de los países latinoamericanos en mejor posición económica. (82)*

Leites y Wolff también estaban prontos a notar que, aún dentro de los países desarrollados los acontecimientos insurgentes acumulan pruebas como para seriamente descartar la validez histórica — o empírica — que inspiró inicialmente el movimiento contrarrevolucionario:

*Desde la perspectiva económica, en 1965 Watts era probablemente una de las comunidades negras mejor situadas en los Estados Unidos. Cuando uno observa las huelgas de Detroit en 1967, resulta que los ingresos de los huelguistas eran significativamente más altos que los de los que no participaron en las huelgas . . . En forma similar, las rebeliones universitarias han sido usualmente más severas en aquellos*

*centros académicos que, como Berkeley, Columbia, Wisconsin, Cornell, Harvard o Swathmore, gozaban de las mejores condiciones (económicas) y educacionales. (83)*

De la misma manera, Michael Conley, del Centro para la Investigación de Sistemas Sociales (Cress), notaba que la "causa" inmediata de la insurgencia no es ni el analfabetismo, ni la mala distribución de la riqueza, ni la falta de salubridad. (84) *La "causa ha de encontrarse directamente en la existencia de cierto tipo de institucionalización política que facilite la canalización de la disidencia hacia la subversión". (85)*

La acentuada y creciente complejidad del fenómeno revolucionario en el tercer mundo y en las áreas desarrolladas requirió una reformulación conceptual y teórica. En este esfuerzo no se abandona la preocupación etiológica sino que se la revisa y reexamina a la luz de un notable escepticismo relativo a la importancia e impacto de factores socio-económicos en la causación revolucionaria. Dada la falta de correlación entre las reformas liberales y la estabilidad interna, los especialistas en la contrarrevolución estuvieron prestos a concluir que en la "deprivación relativa" no se hallaría la clave para determinar el mínimo requerido para que surja una "condición insurgente". Es la existencia de un cuerpo social organizado políticamente el elemento que es imprescindible para que existan las condiciones "mínimas" para la insurgencia. Es decir, una entidad capaz de dar expresión empírica, no políticosocial, a las condiciones subjetivas insurgentes: el "partido" u "organización insurgente". En las palabras del Profesor Conley,

*El partido y no las condiciones socioeconómicas del país es la causa. Y la eliminación de la "causa" significa la eliminación del partido. (86)*

De esta manera el Departamento de Defensa y sus institutos de investigación social abrían un nuevo capítulo a la contrarrevolución y a la "etiología de la patología revolucionaria". Este nuevo énfasis eliminaba por un lado la implícita suposición del modelo anterior de que la "insurgencia" incidía primordialmente en las áreas subdesarrolladas y por otro lado inyectaba una gran flexibilidad — y arbitrariedad — al mismo concepto de "insurgencia":

*Bajo el término insurgencia, entenderemos, en forma amplia todo intento de parte de una organización disciplinada de hombres para efectuar un reestructuramiento socioeconómico de la sociedad en nombre de aquellos amplios sectores económicamente necesitados y que no participan en la vida política de su propio país. (87)*

La transformación conceptual permite la "rotulación" de una gama bastante amplia de agrupaciones, partidos políticos y otras asociaciones que, como el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, el "Black Panther Party" o "Students for a Democratic Society" en norteamérica o aún el Partido Revolucionario Institucional de México (PRI) o las Fuerzas Armadas Peruanas, procuren, por diversos medios y bajo variadas banderas ideológicas, la "reestructuración socioeconómica" de la sociedad.

El plano general de la estrategia contrarrevolucionaria así "revisada" se caracteriza por su énfasis en el uso metódico y exhaustivo de la información como arma vital. De otra forma, mientras en su primera versión se haría una aplicación militar de elementos socioeconómicos (acción cívica), en su segunda versión las fuerzas contrarrevolucionarias encuentran su mejor aliado en mecanismos policíaco-informativos que le permite "remover" la causa, es decir, la organización o partido político. Esta observación ha quedado expresada en las palabras de especialistas de la Rand Corporation de la siguiente manera:

*. . . (toda) contrarrebeldión efectiva requiere que la Autoridad mejore su capacidad para recolectar, almacenar, cotejar, evaluar, portar y usar información . . . Contrario a lo asumido por la posición liberal (hearts and minds view) toda mejora en el manejo de información tiene un valor más grande para A (Autoridad, gobierno) que conferir beneficios (socioeconómicos) o ampliar la participación política . . . Quizá de todos los tipos de información sobre R (revolucionarios, rebeldes, etc.) la que tiene mayor valor para A es la que permite discriminar entre aquellos que cooperan con A y aquellos que no lo hacen cuidadosamente, y usar esta información para establecer sus blancos (targeting) . . . Para aumentar la capacidad de A para absorber las acciones de R*

se necesita que A demuestre gran selectividad y discriminación en sus acciones, y esto depende inmensamente en la habilidad de A para recolectar y usar con ventaja toda información sobre el comportamiento de la población. (88)

### Expansión Científica

El Proyecto Camelot y la mayoría de los abundantes estudios que se realizan actualmente tratan de obtener información estratégica sobre las condiciones económicas culturales, políticas y sociales que deben manipularse para dirigir con éxito la contrarrevolución. A este respecto, los especialistas de la Rand Corporation prontamente observan que *“quizás la característica más significativa de los países menos desarrollados . . . es el alto costo de la información” . . . “información sobre la gente, los productos, los precios, el flujo de tráfico, de compras y ventas, préstamos, pagos y recibos, etc. etc. etc.” (89)* De aquí que, después del escándalo internacional que suscitó Camelot, se intensificaran los esfuerzos para reorganizar la contribución de las ciencias sociales a la seguridad nacional norteamericana, a fin de que los canales informativos que éstas habían elaborado cuidadosamente “en países amigos” continuaran fluyendo. Como bien lo ha notado el profesor Galtung, (90) las evaluaciones posteriores al incidente que tuvieron más éxito entre los administradores de la política externa, fueron precisamente aquellas que se limitaron a los aspectos puramente “administrativos” y de “relaciones públicas”. Así, por ejemplo, el Instituto para el Análisis sobre la Defensa (Institute for Defense Analysis, IDA) órgano oficialmente encargado de la tarea “evaluativa” del incidente, nunca cuestionó ni los fundamentos éticopolíticos, ni las repercusiones internacionales y científicas que acarrearía la obstinada — pero aparentemente indispensable — alianza entre las ciencias sociales y el Departamento de Defensa. Al contrario, en 1965 el Instituto indicaba que *“los presupuestos en investigaciones sociales y en el desarrollo de la contrainsurrección ascendían a 8 millones de dólares en 1964 y a 10.8 millones de dólares en 1965, un aumento del 35 por ciento”.* (91) Los autores de este estudio valorativo, Alfred Blumstein y Jesse Orlansky, (92) calculan que el presupuesto destinado a investigaciones de carácter militar general, incluyendo el desarrollo de la contrainsurrección, representa aproximadamente el 6.7 por ciento de los gastos totales asignados a la investigación y el desarrollo.

El documento mencionado presenta también una breve descripción de los diversos tipos de organización que se emplean en este tipo de investigación sociológica: *“Con excepción de un reducido número de proyectos realizados por organismos industriales (el 6 por ciento de todos los estudios en el período de 1964 – 65) la mayoría de los estudios provienen de organizaciones no – comerciales, incluyendo, desde luego, las universidades. Cuatro institutos realizaron el 64 por ciento y el 57 por ciento de todos los estudios en 1964 y 1965 respectivamente: La Corporación para el Análisis de Investigaciones (Research Analysis Corporation), y el Centro para el Estudio de Sistemas Sociales (Center for the Research of Social Systems, C.R.E.S.S.), la Corporación para Investigación y Desarrollo (Research and Development, Rand). Y la oficina para Investigaciones de los Recursos Humanos (Human Resources Research Office).”* (93) Según el informe, esta última entidad trabaja exclusivamente para el Ejército, mientras que el Centro para el Estudio de Sistemas Sociales y la Rand funcionan tanto para el Ejército como para la Agencia de Proyectos Avanzados (Advanced Research Projects Agency, ARPA), y para el Secretario Asistente sobre los Asuntos de la Seguridad Internacional del Departamento de Defensa. (94)

En términos de la distribución geográfica de fondos, Blumstein y Orlansky notan que en 1965 el 15 por ciento de todo el programa de investigaciones sociales se había destinado para Vietnam del Sur y un 6 por ciento para realizar estudios en Tailandia. En ese mismo año se destinaron 700,000 dólares para estudiar en Latinoamérica y no se dedicaron fondos para investigaciones del continente africano. (95)

Por conceptos de contenido, el financiamiento económico se distribuyó en 1965 de la siguiente forma: 48 por ciento para investigaciones de operaciones (Operations Research) y análisis de sistemas (Systems Analysis). Como se indicó anteriormente, estos estudios analizan los “costos” estratégicos de diversas operaciones y programas militares. Se incluyen además estudios sobre la eficacia de las operaciones contrarrevolucionarias y de la “acción cívica” realizadas anteriormente, lo mismo que evaluaciones periódicas sobre la eficacia de diversos sistemas de espionaje y vigilancia. El 9 por ciento de los fondos se utilizó para estudiar los aspectos políticos de la insurrección y la contrainsurrección, y un 26 por ciento para el análisis de los aspectos sociales del

comportamiento, es decir en áreas como la psicología, la sociología, la antropología, la economía y la historia. El 17 por ciento se destinó al desarrollo de técnicas adecuadas para seleccionar, administrar y aculturar al personal militar extranjero que se adiestra en centros de aprendizaje norteamericanos, dentro y fuera del territorio nacional. En la década de 1960 más de doscientos cincuenta mil militares extranjeros recibieron educación en estas instituciones, más del setenta por ciento de los cuales provenían de áreas predominantemente subdesarrolladas. Se espera que en el futuro, estos militares realizarán una labor político — militar y de inteligencia adscrita a las fuerzas armadas norteamericanas. (96)

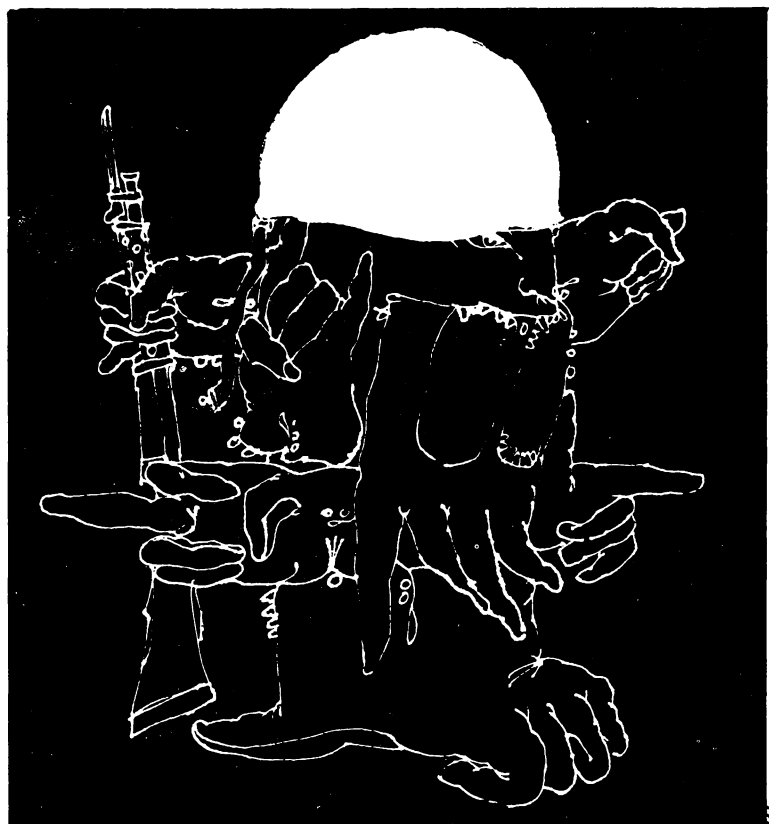
Esta distribución del presupuesto refleja los criterios prevalecientes en la revolución administrativa impulsada por McNamara, con su hincapié en el desarrollo de sistemas eficaces desde el punto de vista administrativo. Por otro lado, hay que destacar el interés evidente por preparar élites militares extranjeras. Esta preocupación militar norteamericana se originó ante la imposibilidad de intervenir en forma masiva y simultánea en los diversos continentes.

La conclusión más sobresaliente del trabajo preparado por el Instituto de Análisis Defensivo es que el predominio de la zona sudasiática en la distribución geográfica de los fondos,

*no se ajusta a los requisitos globales de la política externa norteamericana, ya que se realiza en detrimento de otras áreas del mundo, en forma particular de Africa pero también de la América Latina . . . Estas áreas muestran ya signos importantes de descontento social: cualquier negligencia en el estudio de sus problemas nos puede conducir a enfrentarnos a situaciones similares a la del Vietnam del Sur. (97)*

En consecuencia, de acuerdo con los autores, existe una creciente necesidad de obtener información exacta y objetiva sobre muchos países africanos y latinoamericanos. Por ahora importan, sobre todo, datos sobre la composición social y psíquica de las masas y las élites, los canales de comunicación y su influencia a nivel nacional, local y, en especial, institucional. Interesan, además, las instituciones educativas, las actitudes locales hacia el gobierno y el personal extranjero, potenciales recur-

Los estudios para el desarrollo económico y social, es decir, estudios de utilidad para configurar el "contexto estratégico" entre los Estados Unidos y el Estado-cliente. En este sentido se obtiene información que luego se somete a un análisis sistemático que permita examinar: 1) las actitudes de los diversos grupos de poder "dentro" de los estados - clientes, y en especial el grado de intimidad e identificación en que se encuentran con los líderes y la política del Estado metropolitano; 2) el grado de complementariedad y similitud que existe entre ambas partes en asuntos tales como la posición militar regional, al comercio exterior y la relación - autonomía dependencia político - militar; 3) la forma en que el proceso de cambio social y político pudiera afectar la planeación militar norteamericana en el estado clientela.



- 1) Véase Matza, David, *Becoming Deviant*, Prentice – Hall Inc. New Jersey, 1969. esp. pp. 41–46; Horowitz, Irving Louis & Liebowits, Martin, "Social Deviance and Political Marginality: Toward a Redefinition of the Relation Between Sociology and Politics", *Social Problems*, Winter, 1958, pp. 280 – 293.
- 2) Matza, *op., cit.*, pp. 15 – 40.
- 3) Falding, Harold, "Functional Analysis in Sociology", *American Sociological Review*, XXVIII, N. 1 Feb. 1963, pp. 5 – 13; Becker, Howard, *Outsiders*, The Free Press of Glencoe, 1963.
- 4) Cf. Quinney, Richard, *The Social Reality of Crime*, Little Brown and Co, Boston 1970, p. 16.
- 5) Becker, Howard, *op. cit.*, p. 7.
- 6) Véase Matza, *op. cit.*, (1969), pp. 15 – 40.
- 7) El concepto de "naturalismo" ha sido usualmente identificado con el método científico. Con Matza mantenemos que esta es una confusión de lo accidental con lo esencial. La vocación naturalista no es hacia un método, sino hacia la naturaleza, a su fenomenología. (Desgraciadamente, aún fenomenólogos como Maurice Natanson implícitamente ha aceptado la connotación accidental). Véase Matza, David, *Delinquency and Drift*, John Wiley, New York, 1964, pp. 1 – 32.
- 8) Matza, David, *op. cit.*, 1969, pp. 3 – 14. Para una extensa clarificación, véase Randall, John H. "The Nature of Naturalism", en Krikorian Yervant H. *Naturalism and the Human Spirit*, Columbia Univ. Press, N.Y., 1944, pp. 354 – 382. Matza, *op. cit.*, (1969), p. 17.
- 9) Janos, Andrew C. "Authority and Violence: The Political Fra-



mework of Internal War", en Eckstein, Harry, *Internal War Problems and Approaches*, The Free Press of Glencoe, 1964, p. 139.

- 10) Para una discusión y ejemplificación de las dimensiones institucionales del fenómeno en consideración, véase, Horowitz, Irving L. "Social Science Yogis and Military Commissars", *Transaction*, Vol. 5 No. 6 (may), 1968, pp. 29 – 38.
- 11) Pye, Lucian W. "The Roots of Insurgency and the Commencement of Rebellions", en Eckstein, Harry (Comp) *Internal War*, op. cit., pp. 157 – 179.
- 12) Véase Wolff, Charles, *op. cit.*, pp. 28 – 47.
- 13) El ejemplo clásico de la literatura dedicada al análisis de la "etiología de la patología revolucionaria" es, desde luego, el trabajo de Brinton, Crane, *The Anatomy of Revolution*, Vintage Books, New York, 1957.
- 14) Véase Air Force Academy (Colorado), *Unconventional Warfare*, December, 1962, Report N. 58522 (AD-296-073).
- 15) Conley, Michael Ch. *The Communist Insurgent Infrastructure in South Vietnam: A Study of Organization and Strategy*. Center for Research and Social Systems, The American University, Washington, 1966.
- 16) *Ibid* v.
- 17) *Ibid* v.
- 18) *Ibid*, p vi.
- 19) *Ibidem*.
- 20) *Ibid*, p vii.
- 21) Wolff, Charles y Nathan Leites, *Rebellion and Authority: An Analytic Essay on Insurgent Conflicts*. Markham Publishing

- 22) Floch, E. "Limitations of the Lie – Detector". *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, XL (1950), pp. 651 – 653.
- 23) Cf. Molner, Andrew & Jones, Adrian, "The Use and Evaluation of a Personnel Discriminator in Counterinsurgency" *S.O.R.O.* Sep. 1963, (Washington, D.C.)
- 24) Yablonsky, Lewis, "The Hippie Phenomenon Some Legal and Correctional Issues". *Federal Probation*, Vol. XXXIII, No. 4, December 1969, p. 12. Véase el libro del mismo autor: *The Hippie Trip*, Pegasus 1968.
- 25) Yablonsky, L. "The Hippie Phenomenon . . ." *op. cit.*, pp. 12 – 17.
- 26) Véase, Molnar Andrew, R. Le Noir John D. y Tinker Jerry M. "Countermeasure Techniques", en Tinker, Jerry M. (Com) *Strategies of Revolutionary Warfare*, S. Chand & Co, Ram Nagar, New Delhi, 1969, pp. 295 – 329.
- 27) Molnar et al *op. cit.*, p. 239.
- 28) Molnar *op. cit.* pp. 326 – 327.
- 29) Conley, Michael, *op. cit.*, p. vii.
- 30) Wolff, Charles, *op. cit.*
- 31) Conley, *op. cit.* xviii.
- 32) Un análisis sobre este fenómeno se encuentra, en, Horowitz, I. L. *The War Game*, Ballantine Books, New York, 1963. El concepto aquí citado de "mentes militares con status civil" es desarrollado por el autor en referencia a los especialistas en los más altos tipos de conflicto militar, es decir, al nivel de la guerra termonuclear.

- 33) Véase Horowitz, I.L. *op. cit.* (1963) pp. 11 – 28.
- 34) Véase, *Special Operations Research Office*, American University, "Psychological Operations Bibliography", AD-446-444, August, 1964.
- 35) Horowitz, I. L. (Comp) *The Rise and Fall of Project Camelot*, M.I.T. Press, Cambridge, Mass., 1967, Congressional Record, Proceedings and Debates, 80th Cong. Vol. CXI No. 157, Aug., 25 1965. pp. 209 – 57.
- 36) Horowitz, *op. cit.* pp. 47 – 49, (subrayados son míos).
- 37) *Ibidem.*
- 38) C. Horowitz y Liebowitz, *op. cit.*, p. 1.
- 39) Consúltese sobre el particular, Feldman, Arnold S. "Violence and Volatility: The Likelihood of Revolution". *Internal War*, Eckstein, Harry comp. *op. cit.* pp. 111 – 129.
- 40) Para detalles véase Matza, David. *Becoming Deviant*, *op. cit.* pp. 90 – 100.
- 41) La literatura que proliferó bajo este impulso llega hasta nuestros días, aunque este estudio ideológico ha sido superado por la línea dura con la llegada de los conservadores radicales al poder. Acerca de la perspectiva arriba apuntada, véase Guy J. Pauker. *Notes on Non – Military Measures in Control of Insurgency*. The RAND Corporation, Santa Mónica California, Oc. 1962. Hauser, Philip M. "Cultural and Personal Obstacles to Economic Development in the Less Developed Areas" *Human Organization* XVIII, No. 2, 1959, pp. 78 – 84 Pye, Lucian W. "The Social and Political Implications of Community Development", *Community Development Review*, V. Diciembre 1960 pp.1 – 21; Lerner, Daniel and Robinson Richard D. "Swords and Ploghshares: The Turkinshs Army as Modernizing Force". *World Politics* XIII, No. 1 (1960) pp. 19 – 44.
- 42) Consúltese sobre el particular, Bramson, Leon. *The Political Context of Sociology*, Princenton University Press, Princenton

1961, esp pp. 73 – 95. Véase también Mills, C. Wright “The Professional Ideology of Social Pathologists”. *American Journal of Sociology* Vol. 49, No. 2, Sept. 1943.

- 43) Merton, R. *Social Theory and Social Structure*, The Free Press of Glencoe, 1957, Matza, D. *op. cit.*, pp. 94 – 100.
- 44) Cohen R. *Delinquent Boys*. The Free Press of Glencoe N. Y., 1955; Cloward & Ohlin. *Delinquency and Opportunity*. The Free Press of Glencoe, 1960.
- 45) Merton, *op. cit.*, p. 134.
- 46) McNamara, R. *The Essence of Security*, Harper & Row. New York, pp. 150 – 152. (Cursivas son mías).
- 47) *The Uncertain Tumpet*, Harper & Brothers, New York, 1959. en especial “The Great Fallacy”, “The Making of Our Military Strategy” y “Flexible Response” “A New National Military Program”. En este trabajo aparece su ensayo “Security Through Deterrence” originalmente enviado a la revista *Foreign Affairs* en la primavera de 1956 y cuya publicación fue rechazada por sugerencia tanto del Departamento de Estado como del de Defensa. Estos organismos estaban todavía bajo la tutela ideológica de la doctrina propugnada por Foster Dulles.
- 48) Kennedy, John. *Recommendations Relating to Our Defense Budget*. HR Doc. No. 123, Congress. Washington GPO. 1961, pp. 1 – 2.
- 49) Véase *The Composite Report of the President’s Committee to Study the United States Military Assistance Program*, C.P.O. Washington, D.C., 1959.
- 50) Kennedy, John F. *Recommendations Relating to Our Defense Budget*. Washington, D.C. GPO, (House Doc 123, p. 2).
- 51) Kennedy, John F. *State of the Union Message*. Jan 11, 1962.

- 52) Taylor, Maxwell, *op. cit.*, pp. 5 – 6.
- 53) *Ibidem.*
- 54) McNamara, *op. cit.*
- 55) Thayer, G. *The War Business*, Simon and Schuster, New York, 1969, pp. 179 – 218.
- 56) Weidenbaum, Murray, "The Impact of Military Procurement on American Industry". *Planning and Forecasting in the Defense Industries*. J. A. Stockfish, ed. Belmont Calif. Wadsworth Publishing Co. 1962.
- 57) Seligman, Daniel. "McNamara's Management Revolution" *Fortune*, LXIII, N. L. July, 1965.
- 58) Véase Seligman, *op. cit.*
- 59) Weidenbaum, M. "Defense Expenditures and the Domestic Economy" *Defense Management*, Stepehn Enke, Ed. Prentice Hall, 1967, pp. 315 – 336. Melman S. "Who Decides Technology?" *Columbian Forum*, Vol. XI, No. 4, Winter, 1968 pp. 13 – 16.
- 60) Senator Stuart Symington, "The United Nations, The United States and Arms Control", *Report to the Committee on Foreign Relations*, United States Senate, May 1975, U. S Government Printing Office, Washington 1975. Para antecedentes ver Lapp, R. *Kill and Overkill* Basic Books Inc., N. Y., 1962.
- 61) St. Louis Post Dispatch, June 5, 1969 "Senators Disagree on C-5A".
- 62) Kennedy, John. *Op. cit.*, p. 8.
- 63) Melman, S. *op. cit.*, p. 15.
- 64) Kennedy, John. *op. cit.*, p. 8.

- 65) U. S. House of Representative Committee on Appropriations, *Department of Defense Appropriations for 1963*, pp. 9–48.
- 66) Véase Mao Tse – Tung, *Selected Works*, especialmente "Take Care of the Living Conditions of the Masses and Attend to the Methods of Work". Vol. 1 International Publishers, New York, 1954; "on Protracted War" Vol. II op. cit.,; "On Methods of Leadership", Vol. IV.
- 67) Véase Vo Nguyen Giap: *People's War People's Army*. Foreign Languages Publishing House. Hanoi.
- 68) Una versión típicamente profiláctica del fenómeno la ofrece Walterhouse. Col. Harry, "Civic Action: A Counter and Cure for Insurgency". *Military Review* Vol. 42 August, 1962, pp. 47 – 54.
- 69) U. S. Joint Chief of Staff: *Dictionary of United States Military Terms for Joint Usage*. U. S. J.C.S. Pub. 1, Washington, G.P.O. 1964, pp. 90 – 91.
- 70) Cf. Saxe–Fernández, John, "De 'Nation–Building' a 'Empire–Building' Hacia Una Estrategia Militar Hemisférica", *Noveno Congreso de Sociología*, México, Noviembre, 1969.
- 71) Véase Leal Buitrago, Francisco. *Política e Intervención Militar en Colombia*, Noveno Congreso Latinoamericano de Sociología, México, Noviembre de 1969.
- 72) Para un fino estudio de las dimensiones ideológicas del trabajo de Rostow, Véase, Frank, Andre G. *Latin America: Underdevelopment of Revolution*, exp. "Sociology of Development and the Underdevelopment of Sociology" *Monthly Review*, N. Y. pp. 21 – 94.
- 73) Leites Nathan & Wolff Ch. *Rebellion and Authority: An Analytic Essay on Insurgent Conflicts*. The Rand Corporation. Markham Publishing Co, Chicago 1970, 6 – 25.

- 74) Véase Hilsman, R. *To Move a Nation*. Doubleday New York; 1967.
- 75) Véase Coleman, J. S. "The Political Systems of the Developing Areas" en Almond, G. A. y Coleman, J. S. (Comp) *The Politics of the Developing Areas* Princenton University Press, Princenton, 1960.
- 76) Hagen, Everett E. "A Framewor for Analyzing Economic and Political Change, et. al., *Development of the Emerging Countries* The Brookings Institution, Washington, D. C., 1962.
- 77) McNamara, Robert. *The Essence of Security, op. cit.*
- 78) De Tocqueville, Alexis, *The Old Regime and the French Revolution*, Doubleday, New York, 1955.
- 79) Hoffer, Eric, *The Thru Believer*. Harper and Bros., New York, 1955.
- 80) Brinton, Crane. *The Anatomy of Revolution*, Vintage Books, New York, 1965.
- 81) Leites, N. y Wolff, Ch. op. cit.; Conley, Michael *op. cit.*, y "The Parameters of Suversive Insurgency: An Essay at the Redefinition of the Term". *Proceedings*, 19th Military Operations Research Symposium. Meetings of 25, 26, 27 April 1967 at Fort Bliss Texas, Office of Naval Research, 1967.
- 82) Leites y Wolff, *op. cit.*, p. 17.
- 83) *Ibid*, pp. 17 – 18.
- 84) *The Future United States Role in Asia and in the Pacific*, Hearings Before the Subcommittee on Asian and Pacific Affairs of the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives 91st Cong, and Sess 1968, p. 212.
- 85) Conley, Michael Ch. "The Parameters of Subversive Insurgen-

- cy: An Essay at the Redefinition of the Term", en *The Future . . .* op. cit. 198 – 200.
- 86) "Conley, Charles, "The Parameters of Subversive Insurgency . . ." *op. cit.*, p. 201.
- 87) Conley, Ch. *op. cit.*, p. 203.
- 88) Leites y Wolff, *op. cit.*, p. 135 – 137.
- 89) Leites y Wolff, *op. cit.* p. 132 – 133.
- 90) "Después del Proyecto Camelot", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XX, No. 1, Enero – marzo 1968, pp. 115 – 141.
- 91) Todas las citas se fundamentan en compilaciones preparadas por NACLA, información que ya tiene un carácter público. La fuente más completa ha sido preparada y elaborada por Michael Klare. Véase la nota siguiente.
- 92) Datos citados por Klare, Michael, "Social Research and Counterinsurgency: The Science of Neocolonialism" *op. cit.* del estudio de Alfred Blumstein y Jesse Orlansky, *Behavioral, Political and Operational Research Programs en Counterinsurgency Supported by DOD*. I.D.A., 1965, Washington, D. C.
- 93) Blumstein y Orlansky, *op. cit.*, 11.
- 94) *Ibidem*, pp. 21 – 22.
- 95) *Ibidem*.
- 96) *Ibid*, p. 25.
- 97) Blumstein y Orlansky, *op. cit.*, p. 27.